HERALDOS y ARMORIALES

Maribel Sánchez Molino
Académica Correspondiente

Los orígenes.
El pódium de los honores.
La Eretisch o la Mesa de Honor.
El otro lado del espejo.
Algo de heráldica.
Los armoriales.
La expansión y tras la cumbre el descenso.

LOS ORÍGENES

Desde los primeros tiempos las fuerzas militares han utilizado insignias de una u otra clase con el fin de reconocerse en campaña, tales como las recogidas en la medieval *Dignitatum Notitia*[i], que copia los "Escudos de Magister militum Praesentalis II", que es un registro romano de mandos militares. A lo largo de la historia de la evolución de la armadura medieval, se llegó a un momento en el cual el guerrero estaba encerrado en una cota de mallas y llevaba un yelmo sobre la cofia que le ocultaba el rostro. Esta circunstancia está recogida en el famoso "Tapiz de Bayeux" en el que puede verse una escena en la que, en plena batalla de Hastings, (1066), el duque Guillermo de Normandía levanta su casco con nasal para ser reconocido por sus hombres mientras su gonfalonero le señala[ii].

Este testimonio de la inexistencia de la heráldica en el siglo XI muestra uno de los motivos que contribuyeron al éxito de las armerías: llevar un escudo armoriado evitaba el riesgo de tener que descubrir el rostro en pleno combate.

Es mas, los primeros balbuceos de la heráldica y la primitiva historia de los heraldos son, en principio, temas distintos. La heráldica, que puede definirse como el uso sistemático de insignias hereditarias en el escudo de un caballero o de un noble, empezó a seguir unas reglas establecidas a finales del siglo XII[iii]. Sin embargo, si bien existen referencias dispersas relativas a los heraldos en los textos del siglo XII, no está muy claro que en esta época la heráldica fuera algo que les concerniera. Pero como la heráldica llegó a ser su ocupación principal. es importante tener en cuenta el origen y la finalidad de la heráldica para poder entender la importancia de las acciones de los heraldos en la historia de la caballería y de la cultura en general.

La figura del heraldo es, después de la aparición de las propias armerías, el hecho más significativo que se da en el mundo de los emblemas heráldicos, ya que los heraldos son el componente humano más importante del sistema heráldico, sin el cual hoy en día éste sería inexplicable y por esa razón el origen, funciones y desarrollo de los oficiales de armas requieren un estudio individualizado.

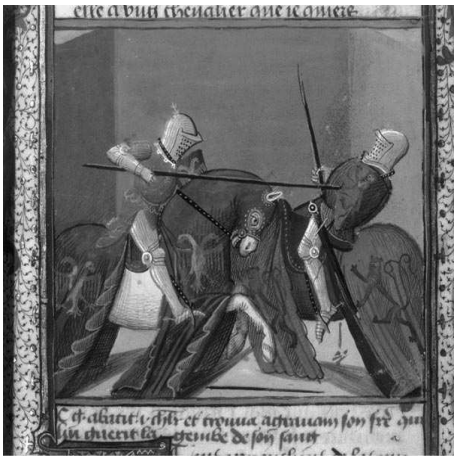
En una primera aproximación podemos decir que los heraldos son unos "profesionales" de origen oscuro cuya posición no está clara hasta que en el siglo XIV se definen sus funciones de una manera algo sistematizada. Las primeras referencias a estos individuos los presentan como una especie de juglares que siguen a los caballeros de torneo en torneo ganándose el pan trabajosamente adulando a los poderosos. Formaban parte del cortejo de comerciantes, rameras, mendigos, pícaros y ladrones que parasitaban a la caballería.

Las primeras noticias de los heraldos entendidos propiamente como tales, se dan en el mundo caballeresco anglofrancés del siglo XII, cuando se relata la presencia de un heraldo en el combate de Orincourt, en julio de 1173, en la *Crónica de Guillermo el Mariscal*[iv].

En la literatura encontramos un pasaje de Chretien de Troyes, en la que un heraldo borracho, que ha empeñado su cota y sus zapatos en una taberna para seguir bebiendo, es requerido para que identifique las armas de Lançelot, que están colocadas en la puerta de la posada[v]. En este pasaje la figura del heraldo aparece ridiculizada, pero de esta manera se pueden apreciar sus orígenes, que lo relacionan más con el mundo juglaresco que con los cargos oficiales. La *Historia de Guillermo el Mariscal* nos proporciona otro interesante testimonio: los detractores de Guillermo divulgan que su reputación había sido exagerada por el heraldo Enrique el Norrois, que en cada torneo le seguía con el grito de "¡Dios ayude al Mariscal!"[vi].

Había heraldos letrados capaces de componer historias, lo que no estaba reñido con otras ocupaciones menos inocentes, si es que la literatura es inocente, como el desgraciado Guilhem Anelier, el autor de La Guerra de Navarra (*Nafarroako gudua)*, ejecutado en 1291 por falsificación de moneda[vii].

El ascenso social de los heraldos se debió principalmente al papel jugado en la escenografía y el ceremonial de los torneos; al menos, las primeras menciones literarias a su oficio se centran en estas actividades. Los heraldos reconocían a los combatientes por sus distintivos, los anunciaban al entrar en las lizas y proclamaban a los mejores, e incluso actuaban como jueces. Poco a poco la función del heraldo se va concretando en un medio de comunicación social que, en el mundo iletrado de la época, anuncia la celebración de justas y torneos[viii], y luego relata lo sucedido en ellos por los pueblos y lugares. Al principio no estaban al servicio de ningún señor, vagaban de torneo en torneo buscando quien les pagase por sus servicios y a mejor paga mas elogios se garantizaba el patrón. En estos años iníciales los mas dotados para el ditirambo partían en primera posición en la carrera para la seguridad y la cuantía del estipendio. Desde finales del siglo XIII y primeros años del XIV los heraldos empezaron a adscribirse a las casas de los reyes y grandes señores, enrolados entre los ministriles[ix]. Poco a poco su posición fue mejorando y llegaron a tener una posición estable e importante.



Los heraldos ostentaban las armas de sus amos y se encargaban de todo lo referente a la organización y preparación de los torneos[x], controlaban la idoneidad de los asistentes a participar en las justas y las vicisitudes de los combates; eran mensajeros en tiempo de guerra, embajadores en tiempo de paz, traductores, etc. Se convirtieron en genealogistas y registraban las armas de los caballeros de su reino así como las costumbres heráldicas de toda Europa. Su conocimiento de las armas les dio un papel en el reconocimiento de las tropas enemigas en batalla o en el recuento e identificación de los muertos tras el combate[xi]. Sin embargo, cuando Simón de Monfort, conde de Leicester, vio la hueste real acercándose a Evesham, en 1265, no fue un heraldo, sino su barbero Simón, "un hombre experto en armas" quien identificó los estandartes enemigos. Esto nos indica que no únicamente los heraldos estaban capacitados para estos menesteres y que el reconocimiento de las tropas enemigas fuese una función suya excluyente. La lectura atenta de los textos medievales nos llevan a concluir que sus funciones eran más ceremoniosas que prácticas, por mucho que algunos de estos heraldos practicasen el autobombo con verdadero entusiasmo.

Con el tiempo los heraldos vieron la necesidad de sistematizar sus técnicas para facilitar su trabajo ya que necesitaban conocer de manera fidedigna los emblemas de los participantes en torneos y hechos de armas. Muchos de estos heraldos, especialmente desde el siglo XV, se dedicaron a redactar tratados del blasón y colecciones de armerías, en verso o en prosa, muchas veces convertidas en joyas literarias, dedicadas a cantar las hazañas de un determinado personaje o los héroes de una campaña concreta[xii]. Así comenzaron a aparecer las primeras obras sobre heráldica, las relaciones de blasones: los armoriales y *rolls of arms.* A ellos se deben los primeros libros de Heráldica entre los cuales fueron célebres el libro del *Heraldo Berry*, primer heraldo de Carlos VII de Francia y el del *Heraldo Sicilia* que lo fue de Alfonso V de Aragón, ambos de la primera mitad del siglo XV.

Conforme avanzaba la Edad Media el papel militar que dio origen a la figura del heraldo fue perdiendo importancia y fue gracias a los torneos cómo los heraldos obtuvieron una mayor relevancia y consideración social.

Así pues, a la fase inicial de heraldo-juglar sigue una segunda de heraldo-oficial. Los oficiales de armas adquieren importancia y van ampliando sus funciones a la par que va creciendo el poder de los soberanos. En el siglo XIV el poder real se va afianzando y como consecuencia de ello cobran mayor importancia las funciones conferidas a los oficiales de armas, que querrán enseguida subrayar esta base de su autoridad y recabar para la potestad real un control total sobre las armerías, control ejercido, desde luego, por ellos mismos[xiii].

El PODIUM de los HONORES

Hay en el desempeño de los heraldos una actividad, muy interesante y que no ha sido suficientemente destacada que es la dirigida a determinar preeminencias en la escala de valores caballerescos.

Sabemos que se establecían distinciones muy precisas entre las diferentes prácticas militares y el honor atribuido a ellas. Al parecer había tres clases de encuentros en campaña, *rencontré, besogne* y *bataille* (*encuentro, trabajo, batalla*), en orden ascendente de honor[xiv]. Un gran honor puede conseguirse en el torneo, uno mayor en el combate; el valor en el campo de batalla es mas valioso que el valor exhibido en un asalto. Un honor especial corresponde a determinados hechos de armas, como ser el primero en poner pie en tierra enemiga desde el mar o ser el primero en el asalto de un puesto de resistencia o haber luchado cuerpo a cuerpo en el foso de las fortificaciones. Pero el mayor honor, el supremo es participar en una cruzada y tomar las armas contra el infiel.

Puede parecernos que fijar con tanta seguridad las graduaciones del honor en las diferentes clases de combates entrañaba muchas dificultades y un enorme grado de subjetividad, pero sabemos que hubo una época en la que calculaban con considerable precisión la medida del honor y del éxito de los campeones. Barbour, en el *Bruce* afirma rotundamente que sir Giles d'Argentine era considerado el tercer caballero de la cristiandad[xv]. El heraldo Gelre dice de Heinrich van Nueft que "incluso sus enemigos estaban de acuerdo en que era el mas importante

entre los jóvenes de su tiempo en la guerra contra los frisios"[xvi]. Los admiradores franceses de Du Guesclin lo colocaron en un especial lugar honorífico al apodarle el décimo *Preux* y los escoceses reclamaban el mismo lugar para Robert Bruce[xvii].

Hay numerosos veredictos sobre quien ganó el premio por su destreza en este o aquel combate. "Sir Eustace –dijo Eduardo III al cautivo sir Eustace de Ribenont después de la escaramuza ante Calais en 1350-, os ofrezco este collar de perlas por ser el mejor combatiente de este día entre los de dentro y los de fuera; y os ruego que lo llevéis por amor a mí"[xviii]. El Príncipe Negro[xix] y sus consejeros concedieron el premio del lado inglés a sir James Audley en Poitiers[xx]. Los expertos capitanes, los caballeros y los heraldos sabían juzgar, en el momento de adjudicar los trofeos en la empresa de la guerra real, con la misma precisión que demostraban en los torneos, y esto era así porque la experiencia en los torneos les habilitaba para determinar los méritos con bastante precisión[xxi].

La *ERETISCH* o La MESA de HONOR

En esta ardua cuestión de las preeminencias honoríficas llegaron al virtuosismo los caballeros teutónicos. La Orden de los Caballeros Teutónicos[xxii] había tenido dos ámbitos principales de actividad, en Tierra Santa y en la frontera oriental de la Cristiandad. La conquista de Prusia ya estaba prácticamente acabada a finales del siglo XIII y después de la caída de Acre y de la pérdida de Tierra Santa para la Cristiandad, los Caballeros Teutónicos dirigieron sus empresas hacia la Europa Oriental; los castillos de Köningsberg y Marienberg fueron sus cuarteles generales. Desde estos castillos y otras fortalezas sostuvieron sus guerras contra los lituanos a lo largo del siglo XIV con el objetivo de conquistar estos territorios a los paganos. Los Caballeros Teutónicos dependían mucho de la ayuda voluntaria de caballeros de otros países de Europa, por lo que Prusia y Lituania se volvieron el centro principal de las Cruzadas para la caballería occidental del siglo XIV.

A Prusia se dirigían los caballeros mas renombrados de la época: Enrique Grosmont, duque de Lancaster; Enrique Bolingbroke (futuro Enrique IV de Inglaterra); Gastón Febus de Foix, el amigo y patrocinador de Froissart, y el duque Alberto II de Austria. Casi todos los caballeros sin tacha, cuya fama el heraldo Gelre celebra en su *Lobdichte* (Elogios), habían estado allí. Los teutónicos obtenían ganancias materiales porque se quedaban con la tierra conquistada, pero para el peregrino militar que venía a ayudarles, las

oportunidades de una *Reise* (viaje, razia) eran de un orden diferente. Había peligro de muerte, incomodidades y deudas, contraídas a consecuencia de la pérdida de caballos y equipo, pero también la gloria.

Para atraer a los peregrinos, los caballeros de la Orden agasajaban a sus visitantes, les llevaban a cazar a los grandes bosques donde podían capturar a presas poco corrientes como el oso o el alce. Pero el punto culminante de todos estos esfuerzos era la *Eretisch* o Mesa de Honor que estaba dispuesta para un pequeño número de caballeros, aquellos a quienes se atribuía el mas alto honor.

Luego de una *Reise* terminada con éxito, es decir honorablemente, el Gran Maestre disponía que en la Mesa de Honor se sentaran los caballeros que más se habían distinguido. Se repartían entre las distintas nacionalidades que habían participado, dos de cada una, hasta un máximo de doce y se les servía "por la alta dignidad del día como se merecían". Se les explicaba esta orden de la Mesa y como llegó a establecerse. A continuación uno de los caballeros de la Orden ponía a cada uno de ellos una insignia en el hombro en la que estaba escrito con letras de oro *Honneur vainc tout!* (el honor vence todo)[xxiii]. Esto era un genuino reparto de premios con toda la pompa y aparato de una gran fiesta con lugares asignados en una ilustre mesa que quería ser trasunto de la legendaria Mesa Redonda del rey Artús y los relatos del ciclo de Bretaña. Se montaba toda una escenografía artúrica: estaban los heraldos y la compañía, considerando y contrastando sus juicios de honor para seleccionar a los que recibirán los signos de la fama y allá a lo lejos, fuera del castillo, se extendía el peligro, los territorios desiertos de los paganos con sus profundos y sombríos bosques, su gente salvaje, sus bosquecillos sagrados y los duros combates…

Los Caballeros Teutones entendieron muy bien a la caballería, sabían que el atractivo de la aventura y el orgullo por el honor ganado con dificultades eran poderosos incentivos y que celebrar la virtud caballeresca e institucionalizar su recompensa por aclamación servía a sus propios fines. Habían llevado a las mas altas cotas del virtuosismo el ideal de "*obtener algo por nada*" convirtiéndolo en "*mucho por una bagatela*", pero dicho en alemán, que gana mucho y suena como mas culto.

EL OTRO LADO DEL ESPEJO

Cada cara tiene su cruz y si la nobleza y las insignias podían ganarse *con la lanza* por el valor, por el nacimiento y por las riquezas, también podían perderse por una conducta deshonrosa, por un matrimonio por debajo de la posición social o por empobrecerse. Y los heraldos podían utilizar la Heráldica para, de la misma forma que registraba y señalaba los éxitos honrosos, trasmitir por medio de un ritual simbólico el estigma de la deshonra.

Tanto el deshonor como el honor tenían sus graduaciones. En los estatutos de la Orden del Tiercelet[xxiv] se establecía que al miembro que se hubiera distinguido se le añadieran insignias, sobre todo si había servido en una *Reise* con los Caballeros Teutónicos, pero que también se podían disminuir las insignias del que fuera culpable de una *faute en armes* (falta)[xxv]. Los heraldos podían excluir del torneo a un caballero sospechoso de haber infringido la fidelidad prometida o de haber deshonrado a las mujeres. Un requisito exigido para el ingreso en muchas órdenes caballerescas era ser un *chevalier sans reproche*, que no suponía necesariamente la carencia de mancha, sino únicamente una constatación de la inexistencia de toda falta técnica. Estas faltas técnicas eran reparables.

Una de las faltas mas graves era el rompimiento de la fe dada y su tratamiento nos enseña la manera en que se podían invertir los rituales heráldicos del honor para demostrar lo contrario. El rompimiento de la fe fue en aumento durante los siglos XIV y XV, en particular en los círculos caballerescos, cuando un caballero o un gentilhombre había faltado a sus compromisos de pagar un rescate, (la costumbre de liberar a los prisioneros bajo palabra de volver a su casa y pagar el rescate hizo que la rebeldía fuera algo relativamente fácil). En estas circunstancias el capturador podía intentar demandar a su prisionero o mejor a los que se habían comprometido a pagar el rescate, y también podía retarles a un duelo judicial como "traidor a su fe empeñada"[xxvi].

Había otros medios a los que podía recurrir el capturador y que muchos empleaban: el *deshonnoirement* (la deshonra). Se trataba de que el capturador mandaba que las armas del prisionero rebelde fueran exhibidas invertidas en los lugares públicos[xxvii], o si no un retrato suyo, armado, colgado del revés o en otra posición degradante[xxviii]. La injuria era muy grave. Implicaba un reproche que sería universal en la compañía caballeresca y que pondría a los guardianes de las *mores* (virtudes)

caballerescas en acción. La cobardía y la traición eran asuntos todavía más

serios, como correspondía a una sociedad cuya ética era en esencia militar. Un acto de gran cobardía era teóricamente castigado con la muerte; otro menor podía suponer la pérdida del rango y las insignias. La traición se consideraba algo peor, ya que traicionar al propio señor desde los primeros días de la caballería y aun antes, había sido considerado el mas abominable de los crímenes del que un caballero o guerrero podía ser acusado. Para el caballero traidor se ponía en marcha un espectacular acto de degradación de todos los honores, con un ritual horrible. Solían cortar las espuelas del traidor cerca de los talones, arrancaban el escudo de su cuerpo, era degradado de su dignidad, *nobless* y armas, como de la orden de caballería, ponían sobre su cabeza su espada rota, podía ser abofeteado y con el escudo invertido ser conducido al pabellón de la muerte y ejecutado. Se invertía el escudo para indicar que había muerto como caballero.

ALGO de HERÁLDICA

El derecho a utilizar armas, es decir emblemas heráldicos, fue considerado a lo largo de la Edad Media análogo a las leyes de posesión que regían para la trasmisión de feudos, aunque solo mas tarde se establecieron unas reglas definidas. El *Book of St. Albans* (1486) menciona cuatro razones por las que un hombre podía reclamar el derecho de armas: porque las había heredado, por poseer un feudo particular o un cargo, por haberle sido otorgadas por algún señor o príncipe, o porque las había conquistado a un enemigo en batalla[xxix]. Sin embargo, mucho mas tarde, en el siglo XV, todavía muchos hombres tomaron escudos de armas por su propia voluntad sin permiso de autoridad superior alguna, y esto no era algo censurable: "En estos días -escribió el inglés Nicolás Upton- vemos cómo muchos hombres pobres se han ennoblecido gracias a su servicio en las guerras francesas…, y muchos de éstos han tomado armas por su propia autoridad, para ser llevadas por ellos mismos y por sus herederos[xxx]. Upton seguía sin ninguna vacilación, la doctrina del gran jurista Bartolo de Sassoferrato que en su famoso tratado *De insigniis et armis* había escrito hacia 1350, que los hombres eran tan libres de tomar escudo de armas, para distinguirse ellos y sus familias, como de adoptar un nombre. Precisamente la primera aparición segura de armas parlantes en heráldica, en las que la figura del escudo corresponde con el nombre de la familia del portador, confirma la verdad de

la idea de Bartolo al comparar el derecho a las armas con el derecho a un nombre: el lucio aparece en el sello de Ricardo de Lucy en el siglo XII (entre 1135 y 1154) y las copas de mayordomo en el escudo de sir John le Botiler en el siglo XIII y la proliferación de las armas parlantes en la primera heráldica alemana por la elección de figuras relacionadas con el nombre de la familia[xxxi]. Pero si las armas parlantes hacen juego con un nombre, el blasón podía tener un significado más oscuro y simbólico. Ingenio y saber y una cierta dosis de crueldad, podían aplicarse para que una cota y sus blasones correspondieran a quienes las poseían. Así, Upton revela el secreto de las tres perdices que el conde de Salisbury dio a "un cierto caballero" después de haber sido ennoblecido por su valor en campaña. Salisbury o su consejero (seguramente el mismo Upton) habían escogido del Bestiario la historia de la perdiz, que era un ave de hábitos sexuales aberrantes y aborrecibles, pues el macho montaba al macho, de donde "llevar perdices en las armas acusa al primer portador de ser un gran mentiroso o un sodomita"[xxxii]. Este conde de Salisbury debía tener un humor peculiar y mezquino como demuestra que a un escudero que se distinguió en la batalla de Verneuil, donde fue herido en los genitales, le concedió un escudo con tres cabezas de bueyes de sable sobre campo de plata, porque, como dice Upton, "el buey es un animal castrado y por lo tanto los bueyes o sus cabezas revelan que el primero que llevó las armas estaba castrado o mutilado en sus partes íntimas". Al parecer el primer poseedor de estas armas debía haber engendrado un hijo antes de la batalla de Verneuil, porque estas armas son desde entonces las de la familia de Walrond de Devonshire.

Durante el siglo XVI, en consonancia con el triunfo de la identificación que se hace entre el uso de armerías y la nobleza, los heraldos van a reclamar sólo para los pertenecientes al estamento nobiliario la capacidad para desempeñar el oficio de rey de armas. Y, además, algunos heraldos hacían armoriales.

Los ARMORIALES

Un armorial es una recopilación de armerías, sea cual sea su formato y las características de los blasones representados. Según Michel Pastoureau se consideran armoriales medievales los anteriores a 1500, pero para Martín de Riquer, el límite más adecuado al ámbito hispánico sería el año 1550. Actualmente se conservan catalogados unos 350 armoriales, algunos conocidos con diferentes nombres, 130 ingleses, 80 franceses, 40 germánicos y 20 españoles e italianos.

Numerosas armerías se han representado en forma de rollos de pergamino, los "*Rolls of arms*", "*Rôles dàrmes*", que suelen ser registros de

acontecimientos realizados por contemporáneos, lo cual implica que este tipo de obras goza de un mayor rigor descriptivo a la hora de poder identificar a los personajes y sus emblemas heráldicos. Pero el tipo más frecuente son las obras en forma de códice, sobre todo en nuestro país. Algunos fueron realizados sobre pergamino pero la mayoría lo fueron en papel. Estos libros suelen incluir, además de las descripciones de las armas (con o sin ilustraciones), que constituyen el armorial propiamente dicho, breves tratados heráldicos. En algún caso solamente figura la relación de emblemas, al ser el libro fruto de cortar un rollo y encuadernarlo, tal es el caso del *Armorial Le Breton*.

Existen distintos tipos de armoriales: los figurados, que reproducen el dibujo del emblema y suelen ser coloreados o con los esmaltes indicados mediante signos convencionales, y los blasonados, que son los que se presentan únicamente en forma textual.

Si nos fijamos en el contenido nos encontramos con:

1. Armoriales ocasionales.

Aquellos que reúnen las armas de personajes variados unidos para un evento u ocasión especial: una batalla, una guerra, un torneo, una cacería, etc. Algunos son famosos, como el *Bigot* (que por su forma es un rollo) que reúne los escudos de los caballeros renanos, holandeses y flamencos reunidos por Carlos de Francia, conde de Anjou, para tomar Hainaut en 1254. Asimismo el *Rôle d'armes du traité de Guérande*, con las armas de los 250 caballeros que ratificaron el texto del tratado en 1381. También el *Dering roll* (1270), conocido por el nombre de su poseedor Sir Edward Dering (1598–1644), que reúne 324 escudos de armas, encabezadas por las armas del hijo del rey. En nuestro país contamos dentro de esta catalogación con el armorial incluido en el *Protocolo del torneo de Valladolid* de 1527, obra de Garci Alonso de Torres.

Estos armoriales son fácilmente dátables, dado que representan un acontecimiento del cual el autor puede ser testigo directo o bien tener referencias cercanas. La mayoría de los originales son anteriores al siglo XV, pero encontramos casos de la primera parte del siglo XVI, como *El cortejo fúnebre de Carlos V* (1559) de Jean y Lucas Doetecum, donde se representan las honras funerarias del Emperador fallecido, formado por jinetes y caballeros portando cada uno de los estandartes de los diferentes reinos que conformaron su patrimonio, o el "*roll"* titulado *Procession of Parlament* o el *Cortejo Fúnebre de Isabel I de Inglaterra* (1603)

2. Armoriales Institucionales.

Son los que recogen las armas de personas pertenecientes a una institución determinada (órdenes de caballería, cofradías, corporaciones, etc.). Suelen estar iluminados y, a menudo, recogen también los retratos de los titulares de los emblemas como el armorial inglés, llamado *Libro de la Jarretera* de William Bruges, de 1430, en el que se recogen retratos de los caballeros de esa Orden con sus respectivos blasones. En nuestro país se conserva el magnífico *Libro de la Cofradía de Santiago* que se comienza en el siglo XIV y cuyos contenidos llegan hasta bien entrada la Edad Moderna.

3. Armoriales generales.

Son los que registran las armas de todos los caballeros o linajes de un territorio. Pueden incluir además las armas de personajes legendarios, héroes clásicos y personajes célebres. Este tipo de composiciones es frecuentemente obra de oficiales de armas, que representan a algún noble que reside o tiene feudos en los territorios que entran dentro de sus zonas o *marcas de armas*. Dentro de este grupo podemos incluir el *Armorial Catalán*, de Steve Tamburini, recopilado en Barcelona en los años 1516 a 1519.

4. Armoriales razonados.

Son aquellos que recogen las armas y las ordenan por los rasgos tipológicos de los emblemas representados, es decir, particiones, figuras y piezas. Estas recopilaciones facilitan una identificación rápida del propietario de un emblema en particular.

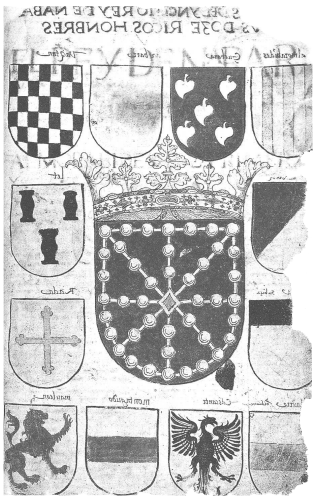
5. Armoriales marginales.

Son, en esencia, obras literarias dentro de las cuales se describen conjuntos de emblemas heráldicos. Las armas representadas en este tipo de armoriales pueden ser armas reales, imaginarias o una mezcla de ambas.

El AUTOR

La atribución de la autoría de los armoriales, tiene la dificultad de que muchas de las compilaciones de emblemas heráldicos anteriores al siglo XV son anónimas. Tradicionalmente se ha atribuido a los heraldos de manera generalizada la confección de los armoriales, sin embargo, en la actualidad se propende a tener un criterio menos restrictivo en función del mayor número de armoriales estudiados. Numerosas veces sabemos el nombre del autor por comentarios suyos contenidos en texto de la obra o por referencias de terceros. La identidad del autor también se puede ver enmascarada por el hecho de que una misma obra era objeto de sucesivas versiones por autores diversos, incluso con siglos de diferencia.

Otras veces los armoriales son de carácter corporativo, en los cuales se van sucediendo los autores designados por la propia corporación para representar a sus miembros. A menudo encontramos recopilaciones heráldicas incluidas en otros tipos de obras, como las crónicas.



Los heraldos realizaban los armoriales como un instrumento de identificación de los personajes que participaron en una campaña, un torneo o simplemente en la vida de la corte, es decir, hacían un trabajo propagandístico, al fin y al cabo la publicidad de estos eventos caballerescos era una de las misiones principales de los oficiales de armas.

A finales de la Edad Media aparece dentro del panorama de los autores de armoriales unos nuevos recopiladores de armas, normalmente tratadistas que comienzan a reunir las armas de los linajes de nobles o de burgueses que van adquiriendo usos nobiliarios. Estos autores son los predecesores de los redactores de nobiliarios. En la Baja Edad Media se da una tendencia a la aristocratización de los autores que se refleja también en los oficiales de armas, a los que se exigía que fueran personas de linaje.

Sobre la figura del autor y su relación con la obra que realiza hay que hacer una indicación que, aunque pueda parecer obvia, no se debe pasar por alto: un armorial no tiene por qué identificarse con el nombre de su autor. A menudo se da a conocer por el título del acontecimiento que sirve de base para su redacción, como el *Torneo de Compiègne*. También, como en los casos de otros tipos de armoriales, se les puede designar por el nombre del copista (como el *Glover*), el del primer editor (como el *Prinet*), el de un antiguo posesor (como el *Bigot o Le Breton*), o bien de una manera colectiva (*Armorial de l'Ordre de la Toison D'Or*), o territorial (*Libro de Armería del Reino de Navarra*). Incluso en los casos en que el nombre del manuscrito concuerde con el del autor puede suceder que se conozca a éste no por su nombre real, sino por su nombre de oficial de armas, caso de los de *Navarre* o el de *Berry*.

En la mayoría de los armoriales, las colecciones de emblemas se copian y "recopian" sucesivamente reproduciendo y aumentando los errores, hasta el punto de que actualmente un sesenta por ciento de los armoriales que conocemos son copias o copias de copias.

La EXPANSIÓN y tras la CUMBRE el DESCENSO

Los heraldos alemanes de finales del siglo XV, Claes van Heynne, el famoso heraldo Gelre, y el austriaco Pedro Suchenwirt alcanzaron un altísimo prestigio. Gelre es un verdadero maestro de la moda cortés en la literatura. Pero más que por sus poemas, el heraldo Gelre es conocido por su *Wappenboek*, el gran Armorial Gelre, sin duda el mas importante de todos los armoriales de la Edad Media. Gelre estuvo trabajando en su armorial durante unos veinticinco años (desde 1370 a 1395 aproximadamente), y en los apartados sobre diferentes naciones indica cuando obtuvo su información sobre ellas. Murió en 1415.

Existieron heraldos en todos los reinos de Europa y en todas las casas, tanto reales como de grandes nobles, aunque su papel con respecto a las armerías fue diverso. Excepto en Gran Bretaña, donde el colegio de heraldos

concedía escudos de armas, su misión en los otros reinos fue más consultiva y ceremonial quedando la concesión de armas reservada a los monarcas (en Gran Bretaña hoy día los heraldos siguen realizando concesiones de armas por delegación real; en este país estos oficiales gozan de una gran popularidad. El colegio de heraldos, fijado ya hacia fines del siglo XIII, se componía de tres grados de oficiales a quienes no se conocía por su nombre personal: el de mayor dignidad es el rey de armas (antiguo "*rey de los heraldos*") quien solía llevar un sobrenombre tomado generalmente del reino o títulos ostentados por su príncipe; el heraldo, grado intermedio, cuyo nombre solía ser usualmente de región o ciudad no cabeza del reino y, por fin el persevante, aprendiz de heraldo, cuyo nombre se tomaba de una divisa o emblema. Cada uno de ellos tenía una misión diferente, y realizaba distintos juramentos según los grados de ese oficio. La costumbre de nombrar según el modo antedicho a los oficiales de armas explica como a lo largo de muchos años aparecen los mismos nombres en cada cargo sin significar por ello que se trate de la misma persona. No siempre los nombres de estos personajes se ajustaban a la regla antes indicada: así el principal rey de armas de Inglaterra se llamaba *Garter* y no *England*, y el de Francia *Montjoie* y no *France*.

Su distintivo era un tabardo, dalmática, cota de armas o "jornea" y que es una especie de amplia túnica con mangas algo cortas, bordada con las armas de su señor.

En España, las primeras noticias sobre los oficiales de armas aparecen a mediados del siglo XIV[xxxiii]. Son una figura importada y su aparición es más tardía que en el resto de Europa Occidental y teniendo ya unas funciones vinculadas con el poder real.

En Navarra, Carlos II "*el Malo*", rey de Navarra y conde de Évreux, fue el primer rey que tuvo heraldos a su servicio. En abril de 1366 el cronista Froissart se reunió en Bruselas con los heraldos de los reyes de Navarra, Aragón y Dinamarca, de los duques de Láncaster, Baviera y Brunswick, que habían llegado para asistir a las justas que mantenía la duquesa de Brabante. Desde 1368 tenía a su servicio a un normando, Martín Carbonnel, "rey de los heraldos" de su casa con el título de *Navarra*, autor de un conocido armorial que, sin embargo, no comprende armerías navarras, al menos en la versión que nos ha llegado. Acaso fuese obra suya un *Role d'armas des compagnons du Roi de Navarre dans son expédition à Chypre*, citado en alguna obra antigua, pero desconocido hoy. Poco después, en 1386, comienzan a ser nombrados el heraldo *Pamplona* y maestre Juan, "petit héraut" del Rey.

En 1395 Carlos III nombró a Pierres "rey de armas", eximiéndole de ciertos tributos y dándole el nombre de *Navarra*. En los documentos se le menciona generalmente como "*Navarra*, rey de los heraldos". Había en este momento al menos otro, que llevaba el sobrenombre de *Evreux*. Al repartir los aguinaldos, éste recibía lo mismo que los juglares, el trompeta y los cantores, pero *Navarra*, el rey de armas, recibía doble cantidad de dinero. Este *Evreux* también había sido juglar del futuro rey y se llamaba entonces Hannequín Testa de Ferro (1386-1391). El cuadro de los oficiales de armas del rey Carlos III se completa con otros dos heraldos: *Pamplona* y *Nemours* y con dos "poursuivants de hérauts": *Estella* y Collin Cuignet, titulado *Liège*. Obra de estos oficiales es la composición de las armas de Pamplona[xxxiv], blasonadas en el privilegio llamado de la Unión. [xxxv]

Hoy día en los actos solemnes del Gobierno de Navarra figura un personaje vestido a modo de rey de armas junto a maceros o timbaleros.

En Aragón aparecen en la documentación real en 1379, cuando el infante don Juan prepara su peregrinación a Santiago y envía a su heraldo Gerona, llamado Juan de Bar, que luego será el primero llamado *Aragón*, rey de armas.

En lo tocante a Castilla existe una mayor dificultad para obtener noticias. El nomadismo de la corte y la inexistencia durante la Edad Media de un registro general o archivo oficial, hacen casi imposible el hallazgo de testimonios sobre ellos en documentación real. El título de *Castilla*, rey de armas, no se menciona hasta 1413. En 1425 aparece como emisario diplomático de Juan II, en la guerra contra Alfonso V de Aragón. Otros heraldos castellanos fueron los de nombre *Trastámara*, *Banda*, *Monreal* y los reyes de armas *España*, *Sevilla*, *Toledo*, *Córdoba*, *Murcia* y *León*.

En la última época del reinado de los Reyes Católicos se afianzaron los oficiales de armas dentro de la corte. Después, los oficiales del cuerpo heráldico flamenco-borgoñón pasarán a formar parte del grupo de oficiales de armas de la monarquía castellana, en 1505-1506 con Felipe el Hermoso, y de la monarquía española con Carlos I, desde 1516, ya de manera definitiva.

En las *Ordenanzas* de Felipe II se les encarga la asistencia a justas, torneos y creación de nuevos caballeros. Felipe IV adscribe a los reyes de armas a la dependencia del caballerizo mayor. Sus cometidos se conservarán hasta Felipe V, cuando la reorganización de la casa del rey a la manera borbónica, les deja dedicados casi exclusivamente a las certificaciones de armas, estas mismas funciones y organización quedan contemplados en la disposición de Carlos III de 11 de Octubre de 1761.

CRONISTAS REYES de ARMAS

La función de los Cronistas Reyes de Armas fue recogida en la Novísima Recopilación y más tarde reguladas por Real Decreto de 29 de julio de 1915.

La legalidad vigente sobre la materia se concreta en el Real Decreto de 13 de abril de 1951. Este Decreto fue publicado en el Boletín Oficial del Estado el 3 de mayo de 1951. No tuvo virtualidad alguna. No se convocaron oposiciones y se nombró Cronista Rey de Armas al único solicitante que se acogió a su disposición transitoria. En la expedición de certificaciones, el Ministerio de Justicia se limita a autenticar la firma del Rey de Armas, pero, en modo alguno da fe, ni siquiera se solidariza con las manifestaciones y texto de dichas certificaciones.

En la actualidad este cargo está vacante.

CODA FINAL

Cuando los heraldos alcanzaron un lugar importante, la cultura de la caballería se volvió ostentosa y recargada y muy preocupada por sus simbolismos. Recurrió a la teatralidad de los modelos y motivos históricos y practicó una ceremoniosa rigidez. Se creó una influyente corriente de opinión que creía que esa complejidad y esos alardes ostentosos trataban de disfrazar el fracaso de un ideal convertido en tramoya y ensueño. Apoyando esta opinión, quizá sin pretenderlo, estaría el famoso texto del gran Benavente: “he aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió el cansancio… la que embobó a los simples villanos y a los espetados doctores, al pícaro hampón, al prelado, a la dama de calidad y al gran señor desde su carroza, a la moza alegre y al soldado, al mercader y al estudiante…”. Pero también aquellas estrofas de las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique:

"Dejemos a los troyanos,
que sus males no los vimos, ni sus glorias;
dejemos a los romanos,
aunque oímos y leímos sus historias;
No curemos de saber lo de aquel siglo pasado
qué fue de ello;
vengamos a lo de ayer,
que también es olvidado como aquello.

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón ¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué de tanta invención como trajeron?
¿Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras y cimeras?
¿Fueron sino devaneos?
¿qué fueron sino verduras de las eras?".

Claro que no todos opinamos lo mismo y sabemos que el observador de hace cuatrocientos años vio los hechos de su época de una forma, seguramente, distinta a la interpretación que hoy podemos hacer de los mismos. Y con Heráclito recordamos que todo fluye y "en los mismos ríos entramos y no entramos, (pues) somos y no somos (los mismos). Gran verdad.

Los heraldos vieron disminuir su importancia y diluirse sus funciones, pero todo el aparato y toda la artificialidad en que terminó el ensueño caballeresco, no significó que la caballería hubiese decaído, sino que seguía madurando, y eso implicaba una transformación, un desarrollo de su ingenio y una amplia conciencia de la riqueza y fuerza de su tradición independiente. Ahora bien, parece ser que de ese bello ensueño los heraldos ya no tienen nada que decir.

[i] La ***Notitia dignitatum*** es un documento único de la cancillería imperial romana. Se trata de uno de los pocos documentos que nos han llegado sobre el gobierno romano, en el que se detalla la organización administrativa del Imperio romano, oriental y occidental, desde la propia corte imperial hasta el nivel provincial. Se considera que contiene la información actualizada de la década del 420 para el Imperio Romano de Occidente y de la década del 400 para el imperio romano de Oriente; pero no se puede dar una fecha precisa.

Hay varias copias de los siglos XIV Y XV, además de una versión iluminada en color de 1542. Todas proceden de un único manuscrito perdido que contenía varios documentos de gran valor, de los cuales uno era del siglo IX.

[ii] El tapiz de Bayeux, también conocido en Francia como Tapiz de la reina Matilde, es un gran lienzo bordado hacia 1177, pieza única del arte del siglo XI, que relata mediante una sucesión de imágenes con inscripciones en latín los hechos que precedieron a la conquista de Inglaterra por los normandos, en conmemoración de la batalla de Hastings. El tejido de base es un paño fino de lino o lienzo, compuesto por 9 fragmentos de longitud variada, el mayor de 13,75 m, unidos por ribeteado. El conjunto resultante tiene unas grandes dimensiones que le confieren una parte de su carácter excepcional: 68,8 m de largo, 5 dm de altura media y un peso aproximado de 350 kg. Desde los años 1980, el original se conserva y exhibe en el *Centre Guillaume le Conquérant* de la ciudad de Bayeux en Normandía.

[iii] Keen, Maurice, *La Caballería. La vida caballeresca en la edad media.* C. 7, 175. Ariel, Barcelona, 2012.

[iv] Ed. de Georges Duby, Paris, 1973, p. 89.

[v] Troyes, Chrétien de, *El caballero de la carreta*, Madrid, p. 121.

[vi] *L'Histoire de Guillaume le Maréchal*, versos 5.222 y ss.

[vii] Santano, Julian. *La Guerra de Navarra*. Estudio crítico. Ed. Gobierno de Navarra. Pamplona, 1995.

[viii] En el poema del torneo de Chauvency de 1285 se describe como los heraldos proclaman el torneo y reconocen a los combatientes, actuando como maestros de ceremonias.

[ix] Los juglares o ministriles eran una clase de músicos profesionales de los que se tiene constancia hacia el siglo X: hombres y mujeres que erraban solos o en pequeños grupos, de aldea en aldea, de castillo en castillo, ganándose un precario sustento con el canto, la ejecución instrumental la prestidigitación y la exhibición de animales amaestrados. Se trataba de marginados sociales a los que a menudo, se les negaba la protección de las leyes y los sacramentos de la

Iglesia. Con la recuperación económica de Europa en los siglos XI y XII, a medida que la sociedad se tornó más establemente organizada sobre la base feudal y las ciudades comenzaron a crecer, fue mejorando la situación de los juglares, aunque pasó mucho tiempo antes de que las gentes dejasen de contemplarlos con una mezcla de fascinación y repugnancia. Durante el siglo XI se organizaron en cofradías que luego se desarrollaron para convertirse en gremios de músicos que ofrecían adiestramiento profesional a la manera de un conservatorio moderno. Los juglares y ministriles no eran poetas ni compositores en el sentido que le adjudicamos a esos términos. Cantaban, tocaban y bailaban al son de canciones compuestas por otros o tomadas del dominio común de la música popular, alterándolas o elaborando sus propias versiones sobre la marcha. Sus tradiciones y habilidades profesionales desempeñaron un importante papel en un significativo legado de la música profana en Europa occidental: el conjunto de canciones que en la actualidad se conocen comúnmente como la música de los trovadores y troveros.

[x] Wagner, *Heralds and Heraldry*, pp. 25 y ss.

[xi] El heraldo del conde de Shrewsbury, reconoce a su señor muerto en la batalla de Castillon en 1453, por la falta de un diente.

[xii] Ochoa de Olza, E. *Usos heráldicos en Navarra*. Gobierno de Navarra, Colección Panorama, Pamplona 1990, págs.. 31 y 32.

[xiii] Ceballos-Escalera y Gila, Alfonso de, *Heraldos* ..., p. 11.

[xiv] Rossbach, J. *Les Demandes pour la jouste, le tournoi et la guerre de Geoffroi de Charny.* Bibliteca Real de Bruselas, *Salle des MSS*.

[xv] Barbour, J. *The Bruce*, ed. W. W. Skeat, Londre 1876, p. 248.

[xvi] Bouton, ed. *Wapenboek*, I, p. 34. El reino frisio ocupaba lo que actualmente son los Países bajos.

[xvii] Hemricourte. *Oeuvres*, 1, pp. 13-14.

[xviii] Lettenhove, K. ed. *Oeuvres de Froissart*. XVII, pp. 269-270.

[xix] **Eduardo de Woodstock**, Príncipe de Gales (Woodstock, 15 de junio de 1330, Londres, 8 de junio de 1376), más conocido por su sobrenombre de **Príncipe Negro** supuestamente debido a la armadura que usaba (aunque este apodo no se le adjudicó hasta dos siglos después de su muerte; no consta evidencia alguna de que en realidad utilizase una armadura negra), era el hijo mayor del rey inglés Eduardo III y su esposa, Felipa de Henao. En 1333 fue nombrado Conde de Chester y creado primer Duque de Cornualles el 13 de marzo de 1337. En 1343, con 13 años de edad, fue proclamado Príncipe de Gales, en su calidad de heredero del trono de su padre. Asimismo fue nombrado miembro de la Orden

de la Jarretera, fundada por su padre. Fue un brillante caudillo militar, mostrando su bravura a los 16 años en la batalla de Crécy. Además participó de forma arriesgada y decidida contra los franceses durante la Guerra de los Cien Años. Después de firmar un pacto con el rey Carlos II de Navarra, combatió contra los ejércitos de Juan II de Francia.

[xx] Lettenhove, K. ed. *Oeuvres de Froissart*. V, p. 456.

[xxi] Keen, M. *La Caballería. La vida caballeresca en la Edad Media.* Ed Ariel, Barcelona 2010, pp.235-238.

[xxii] La Orden Teutónica (también Orden de los Caballeros Teutones y Caballeros Teutónicos del Hospital de Santa María de Jerusalén; en alemán: *Deutscher Orden*; en latín: *Domus Hospitalis Sactæ Mariæ Teutonicorum*) fue una orden medieval de carácter religioso-militar fundada en Palestina en 1190 (Tercera Cruzada) durante el asedio de la fortaleza de San Juan de Acre. En 1198 se convierte en orden militar. Desde el siglo XIX la orden pervive como una organización cristiana de carácter caritativo.

[xxiii] D'Orronville, *Chronique du Bon Duc Loys de Bourbon*, ed. Chazaud, pp. 65-66.

[xxiv] Fundada por el vizconde de Thouars en 1380.

[xxv] Vale, M. *A fourteenth-centuri order of chivalry: the Tiercelet*. English Historical Review, 82, (1967), pp. 340-341.

[xxvi] Keen, *The Laws of War in the lait Midle Ages*, C. III. Para una buena descripción de un duelo hecho para establecer un derecho sobre un prisionero, véase el relato del duelo celebrado en Rodez entre Jaques Brenton y Luis de Cera, Biblioteca Nacional de París, Col.Doat 203, folios 267 y ss.

[xxvii] Una especie de muerte civil.

[xxviii] Brie, F. W. D. Ed. *The Brut*, I, pp.227-229.

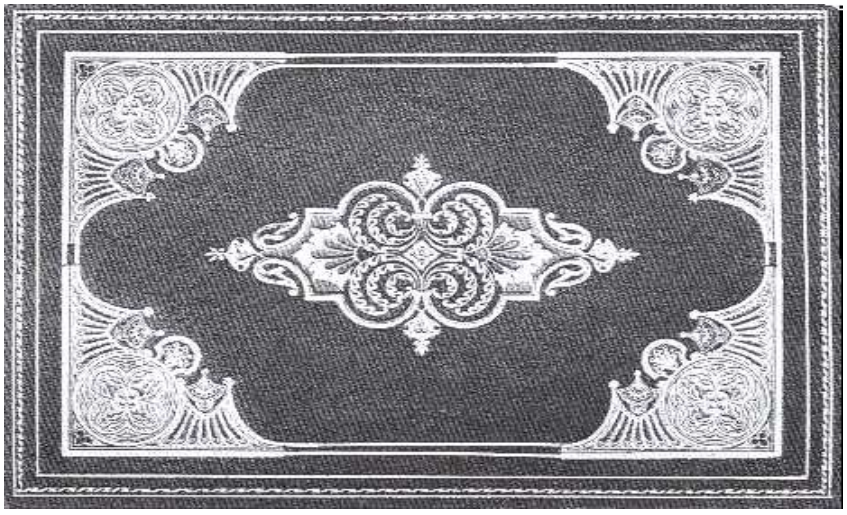
[xxix] *Book of St Albans*, ed. Wynky d Worde, d., pp. VII-VIII.

[xxx] Bartolo de Sassoferrato, *De insigniis et armies tractatus*, ed. E. Bysshe (Londres, 1654), pp. 257-258.

[xxxi] Keen, Maurice, *La Caballería*.... Cap. 7, p182-183.

[xxxii] Upton, *De studio militari*, p. 200; y Dennys, *The Heraldic imagination*, p. 50.

[xxxiii] Menéndez Pidal de Navascués, Faustino, "Muebles raros y equívocos de la heráldica española", *Hidalguía*, n.190-191 (1985), p. 442.

[xxxiv] Menéndez Pidal afirma que estos oficiales compusieron las armas de Pamplona blasonadas en el Privilegio de la Unión.

[xxxv] Ocuparon el cargo, entre otros: Juan del Bosque, pintor. Era rey de armas en 1542. Gracián del Bosque, sucedió al fallecer su tío en 1546. Lope de Aoiz, nombrado en 1556. Ramón de Oscáriz, en 1557. Miguel de Tarragona, nombrado en 1575, se ausentó de Navarra. Pedro de Azcárraga, en 1577. Deja el cargo. Martín de Istúriz, nombrado en 1593. Juan de Landa, pintor y escultor, nombrado en 1595. Don Miguel de Sarasa y Arraya, en 1615. Don Gabriel de Huarte e Ibarra, en 1630. Diego Sanz, nombrado en 1642, cesado. Martín Serrano, en 1642; revocado el nombramiento. Juan de Sagardía, nombrado en 1648, cesado. Martín de Istúriz, en 1651. José de Istúriz, hijo del anterior, en 1681, cesado. Juan de Salaberría, en 1716. Juan Bernardo Loperena, en 1730. Manuel de Armendáriz, nombrado en 1765; teniente por su hijo Bernardo, legatario de Loperena. Juan Bernardo Loperena, presbítero; nombrado en 1797 por legado de su tío del mismo nombre, con facultad para nombrar sustituto. No volvieron a ser nombrados otros reyes de armas por el reino. Pero algunos de los reyes de armas del monarca español llevaron el título de Navarra en los siglos XIX y XX.